

"Por una economía solidaria entre el campo y la ciudad"

Felipe Aláiz

OFICINAS DE PROPAGANDA
CNT FAI

Economía dirigida y economía federada

En plena guerra defensiva y ofensiva la España capaz de liberarse del absolutismo fascista, nada de lo que se haga en el medio rural para resolver el problema de la tierra puede tener carácter estable y definitivo.

Mucho menos carácter estable y definitivo puede tener lo que se haga como norma general, unitaria y coactiva.

Hay que tener en cuenta que la nueva economía del campo es infinitamente más complicada que la vieja, a causa de la estructura matizada que aquélla presenta.

Lo nuevo tiene más relación con el maquinismo, la geografía forestal, las iniciativas realizables en el riego, el régimen cooperador en el trabajo, la adquisición de materias primas y hasta la normalidad progresiva en la distribución mediante un sistema adecuado de trasportes.

Si la nueva estructura del régimen del campo es una nebulosa mientras la guerra no termine; si toda solución es necesariamente interina; si se complican los problemas rurales al bifurcarse y dividirse, seamos cautos contra el derroche de lírica que parece sustituir al razonamiento y a la experiencia en extensos medios populares y hasta en declaraciones gubernamentales.

El régimen económico no puede resolverse ni plantearse siquiera como régimen literario.

La mayor parte de los trabajos que aspiran a decir cosas luminosas sobre economía, se fundan en estadísticas burguesas globales de grandes síntesis literarias, cuando la economía de núcleos federables ha de ser necesariamente analítica, y no "hecha", sino elaborada.

Si algo terminó definitivamente en España es la economía teórica concéntrica y unitaria. La verdadera economía no es dirigible, sino federable y centrífuga.

Observad cómo España tiene un sistema ferroviario radial y una estructura política radial, lo mismo antes de la Constitución de 1931 que después.

Observad cómo la economía dirigida ha seguido el mismo proceso radial al depender de centros dueños de primeras materias, distribuidores, además, de gangas de exportación mediante el arancel.

Contra este sistema caduco de economía concéntrica empieza a manifestarse en España una oposición local y comarcal en los poblados campesinos.

¿Puede encauzarse esta oposición hasta actuar en sentido solidario con los intereses de la ciudad? Creemos que sí.

LA OPOSICIÓN ENTRE EL CAMPO Y LA CIUDAD

Convengamos en un hecho evidente, patente: la ciudad y el campo viven y han vivido en completa enemistad.

Los gobernantes fomentaban esta enemistad; la fomentaban los capitalistas; la fomentaban los burócratas, los clérigos y los arrastrasables; incluso la fomentaban muchos trabajadores industriales que veían y ven a los campesinos como seres inferiores, como una especie de subclase.

El marxismo especuló con estos contrasentidos y no ocultó su concepto peyorativo del labrador.

Por otra parte, el labrador usó frecuentemente su codicia y su ignorancia, disfrazando la primera de oposición ciega

a la ciudad, y la segunda, de suficiencia infalible. Nadie puede ser hoy autosuficiente.

Hay un interés legítimo en el uso de la propia cosecha y en el gobierno de la granja doméstica, siempre que no se emplee mano de obra asalariada ni se haga comercio, pero no puede constituir un programa decente para el productor agrícola el aumento ilimitado de precios con que grava o quiere gravar lo sobrante en su hogar.

Hubo interés legítimo en el labrador al creerse independiente en su choza cuando ayer se le atacaba violentamente en nombre de todos los egoísmos. Sin embargo, aquella suficiencia del labrador que se creía feliz porque no tenía que ir a la tahona a comprar pan, era una suficiencia aparente, una pobreza limpia, pero caduca y hueca, una renunciación como la del baldado que renuncia a correr.

Suponían estos labradores tener lo que les bastaba, pero eran analfabetos, desconocían el mundo, no sabían lo que es viajar, ni leer, ni estudiar.

Vivir en un rincón, servirse de los primitivos aperos de los abuelos y desconocer lo que caía fuera del horizonte de su aldea, era una aspiración de la atrasada España vecinal.

La imprenta, el teléfono, el cine educador, la radio de arte, el libro, la revista y el periódico, la excursión, incluso el deporte libre y la vida de relación para perfeccionar las posibilidades de la cultura, el baño, la vivienda bella, el espectáculo elevado, las ventajas del vivir civilizado eran para los labradores categorías desconocidas y misteriosas.

Estas masas desnutridas y engañadas, llevadas y traídas como manadas de carneros por políticos, capitalistas y oficinistas, se encuentran ahora frente a problemas económicos complejos, agravados por la guerra.

Los resuelven con indudable honradez, aunque a veces no les acompaña el acierto.

Ellos contribuyeron al frente de guerra y tienen efectivos muy densos en las líneas de fuego; ellos abastecieron el frente y la retaguardia; ellos crearon sus pequeñas colectividades, donde no hay empresarios ni parásitos; ellos se avinieron espontáneamente a trabajar doce horas, para atender a las

angustiosas necesidades del momento; ellos construyen caminos locales y comarcales, emprenden obras públicas por libre acuerdo con poblados vecinos, y estudian modificaciones racionales en el riego, en la repoblación arbórea, en los plantíos o viveros; ellos construyen escuelas y, sobre todo, no se dejan facturar maestros, sino que los eligen.

Atienden a los tres frentes: el económico, el combatiente y el cultural.

Todo no pueden resolverlo en cinco o seis meses, teniendo la mas granada juventud arma al brazo en el frente, faltándoles técnicos y primeras materias, careciendo de utillaje moderno, como tractores apropiados a su orografía, y habiendo recibido una herencia en ruinas con todo lo bueno por hacer y todo lo malo por deshacer. Si la ciudad no comprende todas estas razones, peor para ella.

EL MITO MONETARIO, NUEVA RELIGIÓN DE LA CIUDAD

La ciudad vive hoy entregada a un sueño capitalista consistente en aumentar el precio de la vida encareciendo los artículos que salen de fábricas colectivizadas.

El alza de salarios es un alza improcedente. Un quince, un veinte o un treinta por ciento aumentó el salario, pero los artículos de primera necesidad aumentaron un cien y un ciento cincuenta por ciento.

El diluvio de billetes tiene origen claro.

Como las autoridades enjugan el déficit de las empresas deficitarias, emiten billetes.

Puesto que la autoridad paga con la moneda emitida por ella misma, ¿qué le importa la cuantía de lo que da?

Si se pide aumento de salario, la autoridad global, que es hoy un conglomerado de Sindicatos y partidos, lo otorgará inmediatamente y lo pagará con sus propios billetes.

Pero estos billetes cada día valdrán menos. ¿Por qué? Pues por las siguientes razones, todas comprobables:

Primera. — Si no hay harina para fabricar pan; si la

que hay se embosca en provecho particular; si el trigo que hubo se perdió; si la harina que viene de otros países se apresa por la piratería de cristo-rey; si, en definitiva, se carece de harina, primera materia preciosa, base de alimentación popular, ¿de qué sirve la moneda, sea de papel o de metal? La emisión de billetes no puede utilizarse para comprar harina y, por consiguiente, se emiten billetes que dan al ignorante impresión de riqueza, pero cuando un obrero recibe su salario en billetes, se encuentra con que teniendo más dinero que antes, 90 pesetas por ejemplo, sólo puede comprar lo que antes compraba con 40; y se encuentra con el hecho grave de que no le dan pan aunque lo pague a peseta el gramo.

Segunda. — Si no hay aceite en abundancia es porque se hace lo siguiente: la autoridad —que nunca se ocupa de labrar el olivar ni de hacer la recolección— se apodera de todo el superávit de aceite, pagándolo a 3 pesetas kilo a los productores —ahora productores directos, con su control obrero único, sin la menor intervención de burgueses—, y aquel aceite que la autoridad compra a 3 pesetas kilo a los productores directos, lo vende a 10 pesetas kilo en Marsella, a los traficantes, diciendo que la diferencia es para la guerra, puesto que se obtienen divisas y se compra material bélico, constituyendo la operación hasta aquí un hecho irreprochable; pero si la falta de aceite se quiere suplir con billetes como hacen las autoridades, fabricarán estampillas de 1.000 pesetas y aunque las regalen, con 1.000 pesetas nadie podrá comprar un cuartillo de aceite.

Tercera. — Respecto al vino, veamos lo que ocurre: al productor se le paga el vino natural a 20 céntimos litro; si este mismo productor va a la ciudad, el vino que pide para beber se lo cuentan a 60 céntimos litro y le dan veneno, siendo inútil que recurra a las autoridades protestando de lo que ocurre, que no es más que esto: del litro que se pagó al productor a 20 céntimos se hacen 20 litros que, vendidos a 60 céntimos, equivalen a 12 pesetas, resultando que con vino falsificado se fabrican pesetas falsificadas, ya que cualquier ciudadano que quiera beber vino natural en la ciudad

no podrá conseguirlo con pesetas, concluyéndose de estos hechos que el dinero tampoco sirve para comprar vino.

RESUMEN DE ESTOS CONTRASENTIDOS

Primero. — No se puede comprar pan con billetes, porque no hay harina en vista de que se perdió la poca que había por desidia y no siempre llega la que mandan de fuera.

Segundo. — No se podrá comprar aceite con billetes, porque, siendo este producto una cosecha saneada, se vende al exterior.

Tercero. — No se podrá comprar vino con billetes, porque el vino desaparece de la circulación absorbido por la usura del comercio, que lo convierte en veneno apto para servir de bebida a millones de bebedores de veneno.

Cuando hay trigo, se menosprecia y abandona en el campo, pudriéndose el cereal; cuando hay aceite, se vende al exterior; cuando hay vino, se convierte en veneno; y luego la autoridad fabrica billetes que no sirven para comprar lo que se perdió, lo que se lleva al exterior o lo que se falsifica y destruye.

En vez de destruir los billetes, se destruyen los productos, siendo por ello España una colonia y no un país independiente: rusos de Stalín y alemanes de Hitler dirimen sus cuestiones en España.

Ellos no quieren nuestros billetes ni nuestro oro; quieren nuestras minas, nuestra naranja, nuestro aceite, nuestro vino de clase.

Nosotros sólo queremos billetes, y con toda seguridad nos complacerán.

Pero en esta manía de querer billetes hay una feliz disidencia.

¿SÓLO QUEREMOS BILLETES?

Hay españoles que desdeñan los billetes, y precisamente són los españoles más útiles.

La ciudad vive entregada al sueño de aumentar los salarios y atesorar billetes, haciendo el juego a los gobernantes.

Todo lo más que ve en el campo la ciudad oficiosa es una despensa circunstancial, un sanatorio o un distrito para la burocracia.

Fuera de esto, no ve en el campo más que un lugar de tormento el señoritismo incipiente.

Pero mientras la ciudad vive en perpetuo deslumbramiento por el alcohol y las industrias suntuarias, el pueblo rural acuerda suprimir los salarios, imponiéndose doble trabajo para la guerra y una severa dieta alimenticia también de guerra.

La ciudad, incluso su masa proletaria, vive pendiente de los salarios, y el campo los suprime; la ciudad tiene prostíbulos y el pueblo no; Barcelona gasta en espectáculos, prostitución y alcohol un millón de pesetas al día; los pueblos dejaron el alcohol y carecen de pretensiones ostentosas, hasta el punto de que si un labrador se pusiera una sortija, tendría que abandonarla ante la rechifla general; yo he visto, en humildes pueblos, cómo los labriegos convertían el local del café en Biblioteca, mientras la ciudad convierte la Biblioteca en café.

Para los auténticos productores, los billetes son una filfa; para el trabajador envanecido con billetes y manías burguesas, los billetes lo son todo.

HAY DEFECTOS EN EL PUEBLO

Los partidos políticos se distinguieron siempre por su afán de expoliación contra los elementos más honrados.

Después de esquilmar a los ciudadanos buenos, los hacían ir al cuartel y a la guerra, al hospital, a la cárcel o al patíbulo.

Pero, antes de llevarlos a la guerra, les dedicaban una arenga, considerando que eran una especie de producto elaborado a destajo por supuestos creadores de raza, poseedores de todas las excelencias.

El racismo no tiene otro origen ni otros oficiantes, como tampoco tiene otros recursos.

No fueron sólo los políticos; también los clérigos adularon al pueblo para mejor dominarlo.

El que adula es que quiere dominar, y una servidumbre como la del orador, al alabar lo que desprecia, conduce a la dictadura y al santonismo.

La política obrerista aduló a los trabajadores hasta un grado demencial.

El obrerismo no político llegó a adularlos también, por desgracia, en repetidas ocasiones.

Es preciso cambiar estos bajos procedimientos por otros dignos y decir la verdad.

No todo el monte es orégano, ni todo en el campo un dechado de perfección.

Hay en el campo, en las mismas colectividades campesinas, resabios autoritarios que están de más.

Hay en muchos dirigentes una afición desmesurada a no trabajar, como si la gestión delegada fuera una patente para no ir al campo a ganar el pan.

Hay demasiado apego a los cargos que son cargas para los demás, iniciándose un nuevo parasitismo rural, del que el campo tendrá que verse libre, so pena de fracaso.

Hay en exceso hábito de mando en los Comités, incluso contra los productores no adheridos a la colectividad campesina.

Hay un excedente de charlatanismo crítico en las tertulias y un excedente de silencio en las asambleas públicas.

Todos estos defectos, hijos del putrefacto régimen burgués, tienden a corregirse por gestión intervencionista de los anónimos en la gestión o administración de los intereses comunes.

En algunos pueblos, un camarada laborioso ha tenido que emplear la coacción para conseguir que la generalidad de labradores subiera al monte a sembrar.

En otros, la colectividad ha hecho con premura la recolección de fruto visto, como la aceituna, pero no las labores

agrícolas de rendimiento más remoto, como arar y limpiar el olivar.

En otros ha habido perfecta compenetración, y éstos son generalmente los pueblos que siempre rechazaron el morbo político.

REMEDIOS FÁCILES DE FALTAS GRAVES

Las colectividades campesinas están perfectamente orientadas.

Por más que se diga, en lo esencial los campesinos supieron acordar lo más conveniente para cada caso.

Si un orador presuntuoso quiere orientar a los campesinos, hará labor inútil y los agricultores se reirán de él.

Si las colectividades tienen defectos, los remedios han de buscarse por los colectivistas mismos, no por intrusos.

¿Qué lección puede dar a los campesinos un obrero de la ciudad, que vive amarrado al salario, mientras los obreros del campo rompieron las amarras del salario?

¿Qué lección puede dar a los campesinos un operario de la ciudad, si aquéllos comen y beben alimentos sanos y el operario de la ciudad se deja engañar a sabiendas por los comerciantes?

¿Qué lección de dignidad puede dar el operario industrial al agricultor, cuando éste no tiene prostitución, alcohol, comercio ni muebles ostentosos, y aquél no sabe vivir sin estas inutilidades, sin estas plagas?

¿Qué lección de desprendimiento puede dar el operario ciudadano al agricultor, si el ciudadano es incapaz de vivir sin el bar y sin la taberna, mientras que el agricultor desterró el alcohol?

¿Qué lección de capacidad puede dar el obrero de la urbe al del campo si el primero lee cuentos verdes, aunque el segundo no lea aún casi nada?

Si las colectividades campesinas destierran los tinteros, los secretarios y los mandones; si trabajan todos sin una sola excepción, empleando únicamente la tinta en relación

con otros medios afines y estadísticas hechas en común; si la ciudad va al campo con técnicos en vez de ir con cupletistas, chupatintas y requisadores; si cada Comité se convierte en escuela racional, aunque sea sin unificar; si se queman los arados de épocas míseras; si se producen en España cien tractores diarios; si se descongestiona la ciudad de su elemento parasitario, aunque sea empleando para la descongestión argumentos contundentes al desplazar a los miles y miles de señoritos y otros vagos que, so capa de paro forzoso y obrerismo profesional, explotan a sus compañeras y hasta a los menores, viviendo ellos sin trabajar, España tendrá un porvenir de economía fácil y de relativa amplitud, con perspectivas morales y culturales abiertas, una vez vencido el fascismo.

El gran problema económico de España es posesionarse del subsuelo, mirar al mar más que a la taberna y sustituir la tracción-carbón por la eléctrica, cultivando el suelo integralmente.

La gasolina es una preocupación, pero no la que se gasta en turismo proletario; el carbón podría ser sustituído por tracción más moderna, en vista de nuestros recursos hidroeléctricos dormidos; el lino, el cáñamo y la lana podrían sustituir a las fibras indirectas, sobre todo al pésimo algodón; no habría necesidad de ser tributarios del exterior en productos de granja, si los españoles fueran laboriosos como lo son holandeses y suizos con peor clima y habiendo tenido que ganar Holanda buena parte de su territorio al mar, importando hasta la piedra para sus diques.

Se habla del azúcar, y el azúcar puede ser fabricado en España a precio asequible, siempre que se deje al Estado con las fauces abiertas cuando quiera éste imponer un gravamen de 40 céntimos-kilo, que es el que impuso hasta ahora; siempre que no se destinen a remolacha tierras susceptibles de cultivo más provechoso e intensivo; siempre que los accionistas se queden a la luna de Valencia y desaparezca la alta empleomanía de esta industria, vital como pocas, puesto que el azúcar que falta, el sol que falta y las naranjas que faltan en los hogares proletarios, representan la salud que

falta, demostrándose esta salud que falta en las horrendas cifras de mortalidad infantil.

EL ACIERTO DE LOS ÍNFIMOS OCUPADOS Y LA DESORIENTACIÓN DE LOS SABIOS VAGOS

Todo lo bueno, todo lo útil, todo lo bello está por hacer.

El pueblo, tenido por ínfimo, el pueblo rural, tuvo el acierto de elegir, y eligió bien, mientras los elementos directores se desorientan más cada día.

Empezó el pueblo a hablar con actos, y los gobernantes a acumular palabras.

Es como una lucha entre productores de trigo y productores de billetes.

Los productores de trigo suplieron la deficiencia del Estado en la línea de fuego, mientras el Estado fabricaba billetes.

Nutrieron el frente de elemento humano y de víveres, mientras el Estado fabricaba billetes.

Cada donativo era recibido con un discurso, y tras el discurso los gobernantes se ponían desesperadamente a fabricar billetes y discursos.

Fabricar billetes y discursos era la tarea gubernamental más destacada.

Y el pueblo tenía que soportar a los gobernantes; pero éstos no sólo se limitaban a gobernar, sino que siempre estaban fabricando discursos y apabullándonos hasta por radio.

A ratos no hay que soportar a un lejano gobernante, pero ahí está la infamante radio para hacer del gobernante un ser que está presente en todos los bares, en todas las tabernas, en todas las calles y encrucijadas.

Los combatientes no necesitaban discursos para combatir; los maestros no necesitaban discursos para enseñar y aprender; los productores hacían su labor silenciosamente, y, de hablar cada uno de ellos como un ministro, no hubiera podido sostenerse la guerra.

Los ministros producían billetes, empleos y discursos, mientras los combatientes producían bajas al fascismo.

Los billetes no valen nada y acabarán por venderse a quince céntimos de calderilla los diez kilos; los empleos no sirven más que a la comodidad privada del que los acepta; los discursos no aprovechan más que a las casas que instalan el micrófono.

El oro emboscado pudo habernos hecho ganar la guerra en dos meses, empleándolo en armamento.

En vez de comprar armas a los comerciantes que las vendían, empezamos a cantar el aria más grotesca a los pies de Inglaterra y Francia.

Después de maldecir e insultar a estas potencias imperialistas porque tenían cañones, les pedíamos los cañones.

Después de renegar de la maldita aviación burguesa, pedíamos aviones burgueses a un Estado burgués como Francia, podrido de dinero burgués, y lo pedíamos a los burgueses para aplastar a los burgueses.

Los diputados comunistas franceses acaban de votar, junto con los fascistas, una ley prohibiendo que haya en Francia voluntariado para venir a luchar a España contra el salvajismo de Franco.

Este hecho dice más que mil discursos lo que representa la amistad de los políticos comunistas que votan, en unión de sus camaradas parlamentarios fascistas, una ley de absolutismo fascista contra España en guerra a muerte contra el fascio.

LIBERTAD RAZONABLE PARA EL CAMPO

La ciudad debe renunciar para siempre a inventar impuestos y a seguir teniendo la dictadura económica; debe saber que una aglomeración ciudadana de elementos rurales, lo que hace es ruralizar en el peor sentido el ambiente de la ciudad; debe recordar que los gobernantes, los políticos y sus valedores acuden siempre, desde los distritos rurales, a im-

ponerse como tramposos en la ciudad; que el censo urbano acumulativo rápido está en relación directa con la expansión de las malas costumbres rurales, y que si un labrador deja el trabajo, se aleja del pueblo como buscando en la ciudad a sus afines en holgazanería.

El desnivel entre la moral del campo y la inmoralidad de la ciudad habrá de resolverse necesariamente luchando ésta contra aquél, con indudable ventaja para el campo, o bien absorbiendo el agro a los trabajadores que no pueden o no quieren trabajar en la ciudad y a los que trabajan en oficios inútiles, antisociales, antihigiénicos y suntuarios.

El campo resolvió a rajatabla la cuestión de la vivienda, suprimiendo los alquileres sin municipalizarlos y estudiando la manera de contar con suficientes viviendas higiénicas y capaces, además, de asistir a ancianos inválidos y otros inútiles para el trabajo en el asilo rural.

La ciudad está en trance de municipalizar la vivienda, lo que quiere decir que se seguirán cobrando alquileres, y por los Sindicatos para mayor burla.

A los trabajadores del campo se les engañó de la manera más abyecta diciéndoles que todos sus males desaparecerían al desaparecer la burguesía. La burguesía ha desaparecido en absoluto en muchas zonas de España. Pero la tierra nada dará en régimen proletario sin buen cultivo. Se olvida con frecuencia que es preciso trabajar con tesón y tener iniciativas para que la tierra rinda. Prácticamente no había ya burguesía territorial en España. El colono dejaba de abonar la renta tanto en dinero como en especie. El jornalero dosificaba el trabajo, y cuando un propietario vendía un vagón de trigo, recibía como pago en el mercado lo que había tenido que desembolsar en jornales. La negación de renta, unida a la dosificación de trabajo, determinaron la militarada de julio del 36. Recuérdese que Zaragoza, Córdoba, Granada y Sevilla son, con Burgos, los núcleos más violentos de salvajismo fascista y que aquellas cinco ciudades representan los cinco centros predilectos del bandolerismo propietario que había dejado de cobrar rentas por el capital-tierra y quería volver a los tiempos feudales.

Precio: 15 Cts.